

CUMBRES DE ROCA Y DE SOL

Por MANUEL TERRÓN ALBARRÁN

LENTAMENTE, en el cielo de amaranto, el sol excandecido y rutilante se hundía como una dalia de oro. El valle tomaba una sensación vaporosa y verde, y poco a poco, el resensio húmedo levantaba un vaho de incienso campero, que más era el aliento de la tierra madre, caliente y prometedora. Todo era una sensación íntima, que tenía en su seno la misteriosa profundidad de recuerdos ancestrales, de evocaciones pretéritas. Desde arriba se descolgaban las sierras, imponentes de tajos y desolladuras, por donde los recios carcazones conducen su cauce, cantarín, claro, fresco, que en invierno engordan los herbajes del agua. Entre las rocas desgastadas por ella, se aprietan las zarzas, la higuera y el cambrón, bebiendo la savia tierna y jugosa que se cuaja en las arterias salobres de rabiones y venajes. Y arriba la carena gigante, cortada a pico, ardiendo del sol que entra a raudales por las bocanás bravías; a la luz de la luna aquellos torrentes de cuarzo y granito, resplandecían como una hoguera de plata.

El sol occidente iba dejando sus notas viejas y cansadas; aparecía todo de tintes violáceos, y solo la luz, quedaba rebotando en los riscos y en la curva de los almiarés que a esta hora parecían capacetes de oro.

El valle es así: recortado y ameno. El pueblo, vetusto, antiguo, con sus carnes torradas de asceta en aquella serranía. Por encima de las techumbres la vieja torre de la iglesia románica se recorta caliente y morena, con un sabroso recuerdo de fablas y romances; y sus campanas, sabe Dios qué año fundidas, con sus bronce pesados y quejumbrosos van abriendo horizontes. Las calles tortuosas; las casas de piedra y adobe, algunas enjalbegadas, algunas con parrales delanteros, sostenidas por horcones sarmentosos, que dejan recoger los racimos de color amatista, opaco solo por el polvo de las pruínas, y retuercen los cuernos de sus pámpanos como las antenas de un cigarrón.

Se puede hacer una minuciosa descripción del valle, porque todo es pequeño y juvenil; todo, si se compara con los contrafuertes de las sierras que se ciñen por la corona imperial de sus cresterías. Los hortales, cultivados aun por una agricultura casi primitiva, cuajarán de frutales. Limoneros con sus frutos de lunas de topacio; naranjas incendiadas; granadas abiertas dejando francas sus brescas destellantes de rubíes que se enjugan de un color de vinillos generosos; peros en distintas variedades; manzanos; almendros vestidos de novia y de luna; panizos de rubias vedijas como hebras de sol; y la sombra recia del nogal sobre el albercón que va llenando el ar-



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres. Casa de los Becerra, con la torre de la de los Golfines, al fondo, y a la derecha verja del antiguo Colegio de los Jesuitas, hoy Instituto Nacional de Enseñanza Media

caduz con un discurrir sonoro, pletórico. Más arriba se van escalando los banales, las terrazas alheras, la llecas incultivadas, hasta donde se empinan los riscos, potros bravíos entre jaras y breñas y encinas de bronce. Pero, sobre todo, aquellas cumbres excelsas: atalaya de leguas y leguas de horizonte.

Llerena, el poeta, mi poeta preferido, subió una mañana de Julio, inmensa y luminosa.

Las nieblas dormidas en hoyas y barrancas, lavantábanse al incendio del sol. Llerena dejaba atrás los últimos campos cultivados, las pequeñas josas, los frutales colgados ya inverosímilmente; se acercó a uno de ellos, que recibía en la frescura de su follaje el beso de la mañana niña, y le sorprendió de pronto un abejo laborioso y madrugador de dorados insectos. Pasaba bajo la negra fronda de las encinas, que se retorcián valientes, y le tendían un palio de sombras como un arco triunfal; saltaba decidido por los primeros riscos y crujía a su paso la maleza enmarañada, puerta misteriosa a la tierra virgen. Ahora pisaba unas canteras del color blanco y estéril de las alcarrazas. Y saltando peñas, descansando a ratos, llenándose de olor de jara y de sierra, llegó ávido, vencedor, a los últimos picos de la crestería. Toda una geografía se le ofreció a sus pies destellante de colores, luminosa, múltiple. El cielo presentaba su arco distendido, tan limpio, tan brillante, tan glorioso, que parecía haber sido bruñido en un inmenso alabastro de nácar y azul.

Umbrías de pinares con sus puntas afiladas como agujas de catedral gótica; cerros, mamblas, ríos dormidos, calveros, alijares, machíos, soianas, toda la policromía de unos horizontes maravillosos. Los valles parecían respirar el aliento de las nieblas y aparecían aun más frescos los colores dorados del sol mañanero. Llerena, el poeta, mi poeta preferido, disfrutaba. Sentado en un peñón parecía la escultura del famoso pensador francés. Un águila cernía el orgullo de su vuelo; a Llerena le vino el recuerdo de los imperios pasados. Meditaba; hubiera querido quedar petrificado siempre, contemplando así la vida, en aquel nido de águilas reales. Y es que desde allí, aquello, parecía un pedazo de eternidad.

IDEARIO EXTREMEÑO

... La ley es por demás—cuando el rey que la establece—no la guarda, o la descrece—echándolo todo atrás.

LUIS DE MIRANDA

De zafios haz muy ufanos,—esta maldita riqueza,—y la muy santa pobreza,—de buenos, tristes villanos.

DIEGO SÁNCHEZ